

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

EL HOMBRE DEL MONOPATÍN Y LA OREJA LUMINOSA DE LA SRA. LÓBULO

Manuel Herbielt se despertó la mañana del 28 de Febrero del 2004, y miró a un lado, como siempre lo hacía. Como siempre sucedía, no encontró otra cosa más que su obesa mujer, roncándole cerca, con aquellos bigotes que nunca se depilaba.

Se sentó en la cama, y más allá de todo lo de siempre, descubrió por la vista que ofrecía la ventana, que era un bello día en Tammerlane.

Fue cuando el molesto despertador comenzó a sonar.

La Sra. Lóbulo caminó hasta el baño, se paró frente al espejo, y una vez más, como cada mañana, se miró al rostro.

Se sintió horrenda, como siempre lo hacía. Era demasiado obesa, de piel oscura, y con aquel detalle por el que se había convertido en un sobrenombre ambulante: el gran lóbulo de su oreja izquierda del tamaño de una pelota de ping-pong.

Miró a un lado, no sé si para escapar de su reflejo. Pero lo cierto fue que se detuvo en la ventanita que daba al exterior, exactamente al sol que asomaba al Pueblo.

Si hacía a un lado la sensación de miseria y soledad, podría bañarse a tiempo, desayunar y abrir el almacén que tenía al frente de su casa.

Pero supo que no lo soportaría.

Llegó hasta el baño, se miró al espejo, y como siempre, se descubrió cincuentón, gordo, y con aquel poco pelo canoso sobre su calva.

- Mierda... - esbozó Manuel, con serenidad. Ya estaba acostumbrado a decirse esa palabra cada vez que se encontraba consigo en el espejo.

Sin embargo, ese día tuvo la idea de ponerle color a su vida...

Llegó a la cocina, tomó asiento frente a la mesa. No quiso desayunar. Para qué, si en un rato nomás ya iba a estar muerta?

Empuñó la cuchilla con fuerza y se preparó. Miró la muñeca, las venas, y recordó su pobre vida, como para sentirse segura de que lo que iba a hacer.

En su pasado se encontró con su madre, muerta de tristeza después de parirla y hallarla tan fea. Muchos del Pueblo comentaron que la mujer murió deshidratada después de llorar días y noches sin parar, sin consuelo ante la patética hija que había tenido.

Y la Sra. Lóbulo se recordó en el Jardín de Infantes, en la Primaria, y en la Secundaria que nunca pudo terminar. En cada uno de esos lugares, había vivido la agonía de ser el principal Centro de burlas.

Y regresó a la cocina, y miró al almacén a unos metros a través del as cortinas plásticas, las mismas cortinas que se reflejaban en su cuchilla. La cuchilla sobre sus venas hinchadas.

Manuel terminó de maquillarse los ojos, se miró al espejo con gesto femenino, y su rostro encuadró con su desesperación.

Qué había hecho? Lo había hecho porque quería, porque era marica o porque estaba loco? No importaba. No importaba nada.

La vida había perdido el sentido, y todo era nada más que trabajo, ser padre de una familia aburrida, con una mujer que ya no deseaba.

Allá, lejos, en la oficina, todos estarían llegando, ubicando sus portafolios junto a los escritorios, encendiendo sus computadoras, bebiendo esos cafés sabor a orina, y siguiendo las órdenes de un Jefe invisible. Mientras, en casa...

- ... soy una reina. – le explicó a su mujer.

- Qué hacés así pintado y con ese camión? – le preguntó atormentada, mientras reaccionaba en la cama.

- Estoy haciendo lo que se me dé la gana. Y siguiendo con esa ideología, te pido que te vayas al carajo!

- Pero...

Fue así que el hombre alzó la escopeta doble cañón, le apuntó a la cara, exactamente al bigote sin depilar, y disparó. Acto seguido, los sesos de su esposa se desparramaron por todo el cuarto.

Manuel bajó el arma, respiró y sonrió. Se agachó a tantear un trozo de masa encefálica, y se dijo “Y yo que creí que tenías mierda ahí adentro!”.

Luego, entró al cuarto de los hijos mellizos de 10 y 9 años, y también los hizo bailar a tiros en la cama.

Estaba por hacer andar el filo del metal sobre la horrible carne de su muñeca, cuando una campanilla la distrajo.

En un principio creyó que era la campanilla de la puerta de entrada del almacén, pero recordó que jamás había abierto el local. Cuando, de repente, supo que alguien más estaba en la cocina.

- Hola, amiga! – le dijo el duende de traje y galera verde, materializado frente a ella.

- Ho...

- Buen día! – saludó con la alegría y la emoción que lo caracterizaban, mientras flotaba a centímetros de la fórmica. – Soy el duende del poder, y venga a ofrecerte uno ahora mismo.

- Pero... los duendes... - intentó de decir, boquiabierto.

- Sí que existen, querida Lóbulo! Acá me tenés! Que estés sola en todo Tammerlane, que nadie te quiera, y que todos se burlen, no significa que no haya nadie que piense en vos.

- Pero, los duendes...

- Te dije que existen, carajo! – dijo algo eufórico, pero recapacitó. – No me ves? No me ves acá, adelante tuyo? Soy todo un duende, dispuesto a traerte la alegría que esa oreja de mierda te quitó.

Herida, la Sra. Lóbulo agachó la cabeza.

- Perdoname, bonita. No fue mi intención.

- No me digas "bonita". Sabés que soy gorda, fea, y mi oreja es horrible... Y no es tu culpa. Tenés toda la razón del Pueblo... como cuando se rieron de mí. Si hubiese sido linda, me hubiese reído de alguien como yo.

- Pero como sos una gorda de m... eh, digo... como sos un poquito fea, estoy acá, para ayudarte.

- Ayudarme? Cómo es eso de ayudarme? – se entusiasmó la mujer, dejando la cuchilla a un lado, atenta a las palabras de aquel ser.

- Ayudarte a que tengas poder.

- Quiero ser linda! – dijo, y se puso de pie. – Quiero ser hermosa! Quiero que todos me amen! – y alzó sus brazos al techo, excitada. – Que los hombres me sigan, me besen, me hagan el amor. Quiero que se peleen por poseerme!...

- Mucha televisión, Lóbulo. – sentenció seriamente el duende, y se explicó... - El tema que no te puedo hacer linda. No tengo el poder para mutar esa... esa forma, figura, y que seas alguien nueva. Lo que sí, te puedo dar un poder. Y es el de poder hacer lo que quieras.

- Cómo?! No puedo ser linda pero sí hacer lo que se me antoje?

- Me refiero a que podés ayudar, matar, hipnotizar, tener a todos bajo tu poder. Pero jamás vas a ser hermosa. Eso te lo aseguro.

- Y cuál es la gracia?

- La gracia está en que utilices ese poder con cierto grado de madurez, y antes que vayas a hacer algo, pienses si vas a actuar por amor o por rencor. O sea... - y le extendió la mano. – Podés hacer desaparecer a Tammerlane en un chasquido de dedos, pero eso depende de tu criterio.

Uf! La verdad, el duende ofrecía algo realmente complicado, y más que un regalo parecía un desafío. Sobre todo para la Sra. Lóbulo, que no había echo otra cosa más que acumular dolor, rencor, llanto. Ese poder podría traer una sola cosa: problemas.

- Acepto. – dijo ella.

Y fue así que el duende abrió su mano, y de ella escapó una esfera de luz, la cual viajó por el aire y se instaló en el gran lóbulo de la Sra. Lóbulo.

- No se me ocurría otro lugar donde guardarlo. – dijo el pequeño, con una sonrisilla pícara, y acto seguido, desapareció.

Manuel salió a la calle con aquel camión, los rulos y todo ese maquillaje. En una mano llevaba la escopeta con la que había asesinado a toda su familia, mientras que en la otra se aferraba al manubrio del monopatín de su hijo, que había tomado del garage.

Se sintió listo, pisó el asfalto y salió con marcha veloz, directo al lugar de siempre, el lugar que le había consumido la vida.

En su pasar, la gente no dejó de sorprenderse.

La Sra. Lóbulo estaba realmente confusa. En qué usaría su nuevo poder? Cómo? Cuándo?

Si bien había aceptado que era toda una responsabilidad, había tanto por deshacer en su Universo personal, que tuvo que salir a la calle, y asumir la decisión de forma más directa.

Fue cuando un hombre en monopatín pasó rasante por la desértica calle, del norte camino al sur.

- Lo mato? – se preguntó.

- La mato? – se preguntó, y pisó el asfalto para detener su marcha. Miró hacia atrás y allí la tenía, parada en el medio de la calle. Era aquella fea obesa que se había echo popular en su colegio por fea, obesa y por aquel gran lóbulo en la oreja.

Lóbulo miró a la distancia y notó que el hombre del monopatín se había detenido a observarla. Se preguntó qué pasaba por la cabeza de aquel hombre, vestido de esa forma, y con una escopeta en su mano.

Un silencio. El viento. El silbido del viento.

- Quién sos? – le preguntó ella, alzando la voz para que lo oiga.

- Soy el Hombre del Monopatín.

- Soy la Sra. Lóbulo.

- Eso ya lo sé.

- A dónde vas?

- A mi trabajo. Voy a aniquilar a todos los hijos de puta que me hicieron la vida imposible. Querés morir también? Mirá que me sobran balas.

- No te conviene apuntarme con eso. Me acaban de conceder el poder más grande de todo Tammerlane. Y quiero usarlo en algo constructivo.

- Entonces borrate ese lóbulo que tenés ahí. – dijo Manuel con desprecio y debido a todo el odio que llevaba dentro.

Se dispuso a marcharse, cuando la Sra. Lóbulo frunció el seño, mordió sus muelas, cerró sus puños, y deseó. Maravillosamente, el lóbulo se encendió como una lámpara, en un principio con una luz tenue, que enseguida creció hasta brillar. Y disparó un rayo a un costado de Manuel.

Manuel se atajó, tropezó, y cayó junto a su escopeta y monopatín.

- Hija de puta! – dijo, poniéndose de pie, apuntando con su escopeta, camino a ella.

- Temor! Eso es lo que van a aprender a tenerme! Temor! – dijo Lóbulo, acercándose lentamente, con aquel gesto de odio, y su oreja en una luminosidad prudente. – Nadie más me va a molestar. Que Tammerlane haga lo que quiera, menos conmigo!!

Finalmente, frente a frente.

Alrededor de ellos, comenzó a llegar gente para estancarse y observar.

- Tengo el poder de hacerte desaparecer! – amenazó la mujer.

- Y yo tengo el poder de borrarte la cabeza de un disparo, lóbulo incluido. – contraatacó el hombre.

- Yo tengo un fundamento.

- El mío es un real. No te imaginás lo que es ser un títere de este Sistema, padeciendo su respectiva familia, casa y trabajo mediocre. Mirá en lo que me convertí!!

- Vos mismo lo dijiste, Hombre del Monopatín: te convertiste. En mi caso, nunca pedí ser como soy, y con toda esa gente que siempre se acercó a burlarse. Puedo hacerte desaparecer porque odio al odio y al desprecio. Y porque la gente perdió un valor para mi alma.

- No me importa!... Se me hace tarde, y lo único que quiero es terminar esta discusión y seguir...

- Entonces? Qué van a hacer? Se van a matar entre ustedes o no? – preguntó un chico del tumulto. Enseguida, Lóbulo y el Hombre, dispararon para convertirlo en una bola de ceniza sangrante.

La gente corrió hacia todos lados, horrorizada. No se imaginaban que actuaran de esa forma. Tenían una mala actitud, pero un perfil de héroes del Sistema.

- Un duelo. Ofrezco un duelo. Espalda con espalda, diez pasos, darse vuelta y pum! – ofreció ella, con una sonrisa macabra. Realmente estaba saboreando sus los poderes. Según el duende, ella podría hacer lo que quisiera. Y si bien con ese poder desvirtuaba el sentido de la existencia, al menos se quedaría en Tammerlane lo suficiente como para hacer lo que se antojara. Por el momento, haría trampa y le ganaría a aquel tipo.

- Trato hecho. – dijo el Hombre del Monopatín. Extendió su mano y la estrechó con la de ella.

Acto seguido, espalda con espalda.

Un silencio.

Un paso... dos, tres, cuatro...

Lóbulo avanzó al norte, con la mirada fija al horizonte, al vacío. Se sentía segura de sí misma, se sentía en paz. Pero... por qué acabar con él, y luego con el resto de la gente así nomás. Por qué no redimirse ayudando. Así se ganaría el cariño de todos.

... cinco, seis...

Manuel avanzó al sur, con la mirada fija al horizonte, al vacío. Se sentía seguro de sí mismo, se sentía en paz. Pero... por qué acabar con ella, y luego con el resto de la gente así nomás. Por qué no redimirse entregándose, y con su mensaje de humildad ganarse el cariño de todos.

... siete, ocho, nueve...

Y en número nueve, Manuel comprendió que el poder de su arma era inservible, como Lóbulo pudo comprender que el poder de su lóbulo era relativo. Ellos siempre, en paralelo, habían deseado que el Pueblo sea un lugar mejor, sin odio, sin burlas, sin opresión, sin rencores. Y ahora que el poder estaba en sus manos...

... diez.

Antes que pudieran darse vuelta para reconciliarse, una lluvia de balas los redujo a dos bolas de carne, sangre y coágulos.

En un costado, la policía y sus armas imponían la ley que todo destruir con cualquier molestia o amenaza al Pueblo.

Minutos después, una ambulancia transportaba sus cadáveres a la morgue, junto a un puñado de moralejas que muy pocos supieron comprender. Y nada más.

FIN